

**LOS ENSAYOS**

*Colette Soler*

**FINALES  
DE  
ANALISIS**



MANANTIAL

## FINES DEL ANALISIS. HISTORIA Y TEORIA

### Primera conferencia

Elegí hablar sobre el tema del fin de análisis. Me doy cuenta de que es un tema en el que la apuesta es muy fuerte, creo que cada uno lo percibe, tanto del lado de los analistas como del de los analizantes. La apuesta es muy fuerte porque lo que está en juego en esta cuestión es el analista mismo, ya que, ustedes lo saben, la tesis de Lacan es que sin analista no hay psicoanálisis; es como cuando se dice que sin Polonia... no hay polacos, es un chiste. Uno puede decirlo también para el analista y el psicoanálisis, aunque esto deba matizarse.

La tesis fundamental de Lacan es entonces que el fin de análisis produce al analista, es una mutación que hace de un sujeto un analista virtual, no necesariamente operante. Noten que es una tesis única en el movimiento analítico. Claro que antes de Lacan algunos analistas —el primero, si no me equivoco, es Ferenczi— han dicho que el psicoanalista debe llegar hasta el fin de su análisis, pero, fuera de Lacan, ninguno dijo jamás que el fin del análisis produce al analista. No es lo mismo decir que el analista debe llegar hasta el fin de su análisis que decir que el que llega al fin es psicoanalista. Vean bien la diferencia de las dos tesis.

Para hablar del fin de análisis tenemos muchos vocablos. En francés podemos hablar del término, de la salida, de la solución, incluso del acabamiento del análisis. Los vocablos término, salida, solución, remiten a un estado de hecho, y se distinguen de la palabra fin. El fin del psicoanálisis es un término que tiene la ventaja de ser equívoco, es decir de designar a la vez un momento y una finalidad

eventual. Entre término y fin hay la misma diferencia que entre el hecho y el derecho. Para decirlo de otro modo: en un caso uno se pregunta ¿cómo termina el psicoanálisis?, y en el otro ¿cómo debe terminar? Son preguntas muy diferentes. ¿Cuál es el fin exigible?

Les hago notar que es de hecho que la pregunta se plantea así; es en los hechos que el analizante viene a preguntarse: ¿He terminado verdaderamente? Sucede a veces que no se contenta con haber terminado, que se pregunta si es el verdadero fin, y para responderle, aun si su respuesta es el silencio, el analista debe saber cuál es el fin exigible.

En esta pregunta por el fin del análisis hay entonces una intrincación entre una pregunta de hecho que uno puede decir que se formula en términos cercanos a las preguntas que se plantearía la ciencia: ¿cómo funciona?, ¿cómo cae una piedra?, ¿cómo gira la tierra? Son preguntas de la ciencia planteadas a los hechos sobre cómo se regulan. Para el psicoanálisis es otra cosa. Uno no puede contentarse, acerca de cómo termina, con la pregunta por los hechos, y uno pasa necesariamente a la pregunta acerca de un fin legítimo, acerca de un fin verdadero, para tomar términos diferentes.

Dicho así, surge la idea de una norma que no sería solamente lo real, sino que sería una norma ética. Desde el momento en que se habla de ética, lo que está supuesto es un margen de indeterminación; se lo siente de inmediato si uno nota que no hay ética de la piedra que cae; por el contrario, hay una ética de aquel que puede tirarse por la ventana, ejemplo simple que elijo porque hace eco a una observación de Freud que encuentro muy sorprendente y que dice: "en el fondo el único deber es soportar la vida". Es verdad que, en el fondo, en toda pregunta ética está esto: ¿se debe soportar la vida? y ¿cómo?

Si uno se interroga entonces sobre lo que debe ser el fin del análisis, evoca necesariamente un orden de obligaciones que no dependen de la necesidad, y eso es la ética: una obligación que no depende de lo necesario. Por eso hay éticas en plural, no una sola, porque está implicada una elección, al menos una orientación. Toda la cuestión radica en saber en relación a qué. La respuesta de Lacan, que les recuerdo al pasar, es que la ética consiste en orientarse en relación a lo real, el cual no permite la elección.

Así, nosotros no nos contentaremos con decir, por ejemplo, que el psicoanálisis no termina con la identificación al analista. Ven que tomo un ejemplo que el mismo Lacan ha desarrollado con respecto a cierta doctrina del fin de análisis. El no se contenta con decir que el

psicoanálisis no termina por una identificación con el analista; su tesis es que no debe terminar con una identificación al analista, lo que implica que puede terminar con una identificación al analista. Debemos preguntarnos en nombre de qué criticar este fin. Dicho de otro modo, y ésta es la primera pregunta de este trabajo, ¿dónde encontrar la norma que fija el fin de análisis?, ya que hace falta una norma puesto que hay varios fines posibles.

Antes de avanzar en este sentido quiero aportar una precisión. La pregunta por el fin del análisis puede abordarse desde una doble faz. Uno puede abordarla desde el plano práctico y desde el plano clínico. El primero consiste en interrogarse sobre la secuencia terminal del psicoanálisis, sobre un momento de la transferencia: aquél en que la relación de transferencia se deshace, y en tratar de precisar cuál es la operación que interviene en ese momento. Esta es la pregunta práctica. Hay otra pregunta que, por supuesto, está relacionada con ésta, pero que no es la misma; es una pregunta clínica. Consiste en interrogarse por la diferencia entre el sujeto tal como es a la entrada y a la salida. Dicho de otra manera, cuál es la diferencia entre el sujeto a tratar —es una expresión que Lacan emplea— y el sujeto tratado. Para decirlo aun de otro modo, cuál es la diferencia entre el sujeto determinado por lo que, para ir rápido, llamaremos la neurosis, y el sujeto a la salida, que Lacan llama lo incurable, no sin un toque de ironía. Sin embargo es serio, no es un chiste.

El vocablo que corresponde a la primera pregunta, a la pregunta práctica, es término del análisis. En la doctrina psicoanalítica existen descripciones para decirnos cuál es la secuencia de salida. Un autor que se ha dedicado en particular a esto es Balint, de quien les hablaré una de estas noches.

En lo que respecta a la pregunta clínica, el término que conviene mejor es salida [*sortie*], desenlace [*issue*] o solución, a saber: salida o solución de la neurosis.

Ahora bien, sobre estos dos planos tenemos tesis que ya están allí. No voy a hacer semblante de redescubrirlas, supongo que ustedes las conocen. Simplemente puedo ordenarlas.

En la historia del psicoanálisis tenemos toda una serie de doctrinas que nos dicen cómo designan lo que se encuentra a la entrada, cómo designan lo que se encuentra a la salida —hablando clínicamente— y que nos dicen la operación final de transformación.

En primer lugar tenemos la teoría de la *ego-psychology* a la que Lacan ha apuntado particularmente. ¿Qué es lo que ellos consideran

que tenemos a la entrada? Por supuesto todos están de acuerdo en decir que lo que está a la entrada es la neurosis, el síntoma. Aquí yo puedo hacer un paréntesis, digo que es la neurosis, pero ¿por qué no la perversión o la psicosis, ya que, efectivamente, el analista puede recibir ambas? Creo de todos modos que, en conjunto, se trata de la neurosis. Por el momento dejo de lado la psicosis, y creo que en el psicoanálisis uno prácticamente no ve perversos; lo que uno ve, lo que uno escucha más bien, es su neurosis. Uno trata su neurosis, no su perversión, porque la perversión se fabrica de modo tal que no se correlaciona con el sujeto supuesto al saber; es entonces en tanto neuróticos que uno acoge eventualmente a sujetos que, por otra parte, pueden remitir a la perversión. Podríamos discutir esto, pero propongo que pongamos la neurosis a la entrada.

Para la ego-psychology, ¿qué es la neurosis? ¿qué la identifica? Finalmente, un yo débil. Uno podría decir, con más precisión, un conflicto, ya que ellos se apoyan en la noción freudiana de conflicto, pero lo que es determinante para hacer del conflicto neurosis, es un yo débil. ¿Qué es lo que ellos colocan necesariamente a la salida? Un yo más fuerte. Es tan simple como eso. ¿Cuál es la operación de transformación? Me parece, para resumir de una manera verdaderamente concisa, que se trata de una identificación. Se refuerza al yo por el sesgo de una identificación; es una vía posible, por otra parte.

¿Cómo ubicaríamos a los kleinianos? Podría dejar que sean ustedes quienes lo hagan. Tengo algunas dudas al respecto, pero en fin, yo diría que ellos colocan a la entrada el clivaje, el sujeto clivado, y a la salida colocan un sujeto, digamos, reunificado, o en todo caso un clivaje en parte compensado, lo que implica una operación de integración, que es, por lo demás, un término que se emplea.

Si tomamos ahora las teorías del *self*, especialmente Winnicott —porque es de todos modos el más interesante— ¿qué es para ellos la neurosis? En el fondo, para él, es el dominio de lo que llama falso *self*. Uno podría preguntarse cómo traducir en nuestros términos, es decir en los de Lacan, ese falso *self*, pero no es mi objetivo ahora. Falso *self* a la entrada, y a la salida un verdadero *self* reencontrado, no producido sino reencontrado, lo que quiere decir que la operación en juego, siguiendo a Winnicott, es una operación de revelación, una operación de alumbramiento. En un sentido se podría decir que estos autores tienen una mayor afinidad con la orientación lacaniana, ya que la revelación es una operación que concierne a la verdad.

Vayamos ahora a Lacan. A la entrada tenemos al sujeto dividido, y

a la salida... sigue estando dividido. Ese es el problema, que tenemos una división a la entrada que sigue estando allí a la salida. Hay que situar, entonces, una mutación que no hace desaparecer la división del sujeto, que la trata sin reducirla.

¿Qué término retener para situar el producto de salida, lo que llamé irreverentemente el producto clínico de la salida? Digamos: es un sujeto destituido, no quiero decir un objeto, sino un sujeto destituido que puede ser analista, y que dada la ocasión Lacan llama un incurable. Retomaré este punto. ¿Cuál es entonces la operación? Es una operación que Lacan mismo califica de destitución.

Uno podría preguntarse cómo situar a Freud en este panorama suscito. Lo dejo de lado por el momento para preguntarme, en estas diferentes doctrinas, cómo se sitúa la ganancia, lo que uno gana en un psicoanálisis, a qué precio se hace un psicoanálisis, en dinero, en tiempo, en inversión subjetiva. Si uno hace un psicoanálisis es, después de todo, porque espera un beneficio, entonces, ¿cómo se sitúa, en la historia del psicoanálisis, el beneficio, lo que uno va a ganar, lo que uno pagó?

Está claro que en la *ego-psychology* el beneficio es de dominio, de control. Por eso uno podría entretenerse en desarrollar cómo la *ego-psychology*, sin saberlo, se encuentra, en cierto modo, con la moral de Descartes. No con el sujeto cartesiano del cogito, sino con la moral cartesiana, en un punto muy preciso: la definición por Descartes de la virtud suprema que él llama la generosidad, que no hay que tomar en el sentido en que uno emplea ahora el término generosidad. Actualmente el término generosidad significa más bien una propensión al don. En Descartes la generosidad es algo así como lo que él llama la firme resolución de ser amo de mí mismo y de mis acciones —estoy citando de memoria— y de usar correctamente este dominio.

En Melanie Klein, aun cuando haya que matizarlo mucho, me parece que hay de todos modos una ganancia de unidad con respecto al clivaje que, según ella, es la neurosis.

En Winnicott, ¿qué es lo que se gana? Al pasar del falso *self* al *self* verdadero se gana en autenticidad, digámoslo en estos términos: uno gana una vida o como dicen a veces los analizantes: uno es uno mismo, o uno cree ser uno, o uno está en lo que uno hace, o uno no está en el como si, en la distancia, en la separación.

¿Y en Lacan, cuál es la ganancia?... ¡si puede decirse que se trata de una ganancia! Retomaré esta pregunta en detalle, pero para avanzar, digamos que hay una ganancia que concierne a la posición

del sujeto, en todo caso, una transformación que concierne a la posición del sujeto. Pero esto no es todo. Hay una ganancia a nivel del saber, y en ese sentido, Lacan, en esta serie, está completamente aparte.

He armado esta serie, este panorama, para indicar de entrada que no hay una teoría del fin del análisis —en consecuencia nos hace falta saber cómo decidir en todo esto— y para llegar, además, a esta pregunta: ¿quién tiene razón? ¿Acaso va uno a detenerse en una posición ecléctica, a saber: a cada uno su teoría, y cada uno tomará aquella que le parezca más cómoda?

Lo que complica aun más las cosas es que en Lacan mismo hay varias doctrinas del fin del análisis, no hay sólo una, y además, no sólo son varias, sino que en ciertos puntos se separan.

Lo que yo querría mostrarles es que, metodológicamente hablando, Lacan no aborda para nada el problema como los otros.

Para situar su ubicación, haré una observación sobre su posición en la historia del psicoanálisis, pero para esto es necesario que previamente haga algunas consideraciones sobre cómo escribir la historia del psicoanálisis.

Me lleva a esto la aparición, en Francia, del segundo tomo de una historia del psicoanálisis. Ustedes deben conocer el primero; éste se detenía en un tiempo que no es el nuestro en la historia del psicoanálisis. El segundo tomo se detiene hoy en día, es decir que trata la historia de la salida de Lacan de la Internacional, trata la historia de la S.F.P. (*Société Française de Psychanalyse*), la historia de la *École Freudienne* y finalmente la historia de la disolución y de la *École de la Cause Freudienne*. Es pues un libro que nos concierne de cerca, está hecho para eso. Este libro, escrito por Elizabeth Roudinesco, y que seguramente va a ser traducido, me ha puesto a reflexionar sobre cómo decir algo justo en materia de historia del psicoanálisis, ya que no sólo hay un problema general con la ciencia histórica —hay dificultades propias cuando se trata de escribir la historia de las sociedades, la historia en general— sino que este problema se redobla con el psicoanálisis. ¿Por qué? Porque el psicoanálisis, hablando con propiedad, es una práctica sin documentos; no hay documentos del acto analítico. En este sentido, el acto puede tener efectos, pero se olvida de sí mismo.

Faltos entonces de documentos, ¿a qué santo van a encomendarse aquellos que quieren escribir la historia del psicoanálisis? Van a sacar provecho de documentos periféricos. Llamo periférico a todo lo

que uno puede obtener, por ejemplo, de las correspondencias, las cartas que los psicoanalistas se escriben o escriben a otras personas, de los testimonios, y ¡hay que ver lo que son los testimonios!, de los documentos institucionales, de los archivos de las sociedades psicoanalíticas... todo esto, en suma, es periférico con respecto a lo que está en juego en una cura analítica. Se trata de esto o se trata de hacer una historia de las doctrinas. No es tan fácil hacer la epistemología de las doctrinas psicoanalíticas, empero es una tarea a realizar.

Habrán adivinado que el libro del que les hablo no me gusta. Sin embargo, tiene méritos. Representa mucho trabajo —es muy grueso—, representa mucha información, representa una pasión puesta allí dentro. Hay incluso un esfuerzo hecho por no ser demasiado deshonesto, manifiestamente se trata de una persona que intenta ser lo que ella piensa que es ser honesto. Es entonces un libro que no carece de cualidades, que tampoco carece de alcance, pero que cree en los testimonios. Los testimonios, ustedes lo saben, pueden llegar hasta el chisme; ella no cae para nada en eso, en ese sentido no carece de cierta dignidad; no va a buscar la verdad hasta las alcobas, la busca simplemente en los “se dice”. Es una posición histérica, ¿no es cierto?. No se trata de un agravio, es la idea histérica —justa por otra parte— de que la verdad es privada. El sujeto histérico tiene un cierto gusto por la verdad, es su mérito, y tiene también la convicción de que esta verdad es profundamente particular, propia de cada uno. Dónde encontrarla, entonces, sino en lo que cada uno dice, e intentar a través de esto hacer un “*patchwork*” donde uno se imagina que de esas pequeñas verdades acumuladas va a surgir una verdad mayor.

Evidentemente, cuando se trata de hablar de Lacan, este método es una catástrofe, porque hace primar la persona sobre la enseñanza, es decir que de 25 años de seminarios proseguidos constantemente, sean cuales fueran las peripecias de la vida y de la historia, sean cuales fueran las catástrofes institucionales, de sus 25 años de seminarios, de sus escritos, no digo que no queda nada, porque en este libro se habla un poco de eso, pero sí que toma una proporción relativamente menos importante que la persona de Lacan, que saber si era confiable, si su deseo profundo era agradar... Hay en esto un abordaje falseado de la cuestión. Dicho esto, estas pequeñas observaciones rápidas no niegan que sería una tarea muy difícil saber cómo escribir esto, si uno tuviera que hacerlo en su lugar.

De todos modos querría decir algunas palabras sobre la posición de Lacan en la historia del psicoanálisis. El no inventó el psicoanálisis,



llega al psicoanálisis en un momento en que éste es ya una práctica segura de sí, que tiene sus éxitos terapéuticos, seguros sus límites, sus topos; además su impensable, que permanece impensado.

Para ubicarnos, recordemos la fecha de la tesis de Lacan: su tesis de medicina es de 1932, eso les indica que su entrada a la práctica analítica se produce bastante más tarde, ya casi sobre los años cuarenta. ¿Cuál es su posición de entrada? De entrada él piensa que el psicoanálisis no es lo que debiera ser. Esa es la posición que yo calificaré de contra, contra lo que fue elaborado en el psicoanálisis por los posfreudianos. Pero eso no es todo. De entrada él considera también que debe ser repensado, que hay que dar cuenta científicamente —no hay otra manera de hacerlo— de los hechos acumulados por esta experiencia que son, para esta época, considerables. Y piensa que el psicoanálisis debe ser completado, y esto es lo que él mismo ha titulado con una bella expresión: la continuación invertida del proyecto freudiano. Más sencillamente, el movimiento de la enseñanza de Freud lo condujo hasta lo que define en su elaboración de la pulsión de muerte: la culpa fundamental es la de la pulsión de muerte que habita lo humano. Lacan parte de esta pulsión de muerte; la culpa es el punto de apoyo que toma en el caso Aimée antes de llegar al psicoanálisis. Es una continuación a la inversa porque ya no se trata de descubrir que hay una pulsión de muerte, sino de preguntarse cómo, existiendo ésta, puede establecerse el principio del placer. Dicho de otro modo, ¿cómo no estamos más enfermos, más deteriorados por el goce mortífero? La pregunta está completamente invertida en relación al movimiento de elaboración de Freud.

Diciendo esto, intento hacer valer que Lacan no se ubicó como uno más en la historia del psicoanálisis. El se colocó incluso en una posición de distancia, en la posición de tener que situar lo que se había producido, sistematizado, desde Freud.

Evidentemente, uno puede glosar sobre cuáles eran las aspiraciones subjetivas que lo condujeron a tomar esta posición —hago alusión al libro de hace un momento—, uno puede glosar y decir que estaba animado por un especial gusto por la gloria, incluso por la seducción —son tesis que uno encuentra en ese libro—. Sí, y por otra parte ¿por qué no? Eso no tiene ningún interés... ¡hay tanta gente en el mundo animada por ese tipo de aspiraciones! La única pregunta es saber cómo llegó a cumplir su ambición, es decir cómo llegó, llegando tan tarde al psicoanálisis, a una posición que hace de él no “uno entre otros”, sino casi un “al menos uno”.

Y bien, este recorrido ha consistido en tomar los problemas por su fundamento. Pero, ¿qué quiere decir esto?, es decir, ¿adónde fue Lacan a buscar esos fundamentos que le permitieron repensar el conjunto del campo? Esos fundamentos los encuentra en las implicaciones del dispositivo analítico, y este dispositivo es simple, es la dupla asociación libre-interpretación.

¿Qué justifica esta prevalencia dada al dispositivo? Lo que la justifica es que hay un éxito del psicoanálisis, es decir que hay logros terapéuticos; eso nos asegura, y eso le aseguró de entrada a Lacan, que hay un real en juego en este dispositivo. Por eso no hay que hablar con demasiado desprecio de los logros terapéuticos, porque, por empezar, no hay psicoanálisis sin éxito terapéutico, que aunque parcial es ciertamente necesario, y porque si no hubiera efecto terapéutico, eficiencia terapéutica, no quedaría, después de todo, nada del psicoanálisis, no quedaría nada para asegurarnos de que todo ese bla-bla está conectado con algo real. Es por eso que Lacan puede decir que lo importante no es el descubrimiento del inconsciente por Freud, que lo importante es la invención del dispositivo, la invención de un dispositivo que alcanza a lo real.

Se darán cuenta de que es un recorrido que uno puede calificar a la vez de científico y de lógico, un recorrido que implica que uno no se orienta por los ideales, sino por lo real de la estructura. Esto está presente en Lacan desde el comienzo, desde "Función y campo de la palabra y del lenguaje". La inspiración, el eje del texto es finalmente muy sólido: Lacan habla de ese hecho masivo que es que en un psicoanálisis uno hace una sola cosa, uno habla. Sea asociación libre, sea interpretación, es todo lo que uno hace allí, de ahí que la pregunta que uno podría formular, que uno podría sorprenderse de que no hubiera sido planteada antes, es ¿qué es hablar?, interrogación sobre el instrumento mismo que va a conducirlo naturalmente, en un primer tiempo, a situar toda la operación analítica, pero especialmente su fin, en relación a la estructura de la palabra. Dicho de otro modo, es un recorrido que de una manera absolutamente decisiva deja en la estocada toda referencia ideal. No lo logra necesariamente siempre, pero intenta hacerlo y eso lo distingue completamente de aquellos a quienes evocaba hace un momento, de la *ego-psychology*, incluso del kleinismo y de Winnicott, los que, en el fondo, se ven obligados a definir la operación analítica en relación a un ideal: dominio, autenticidad, integración.

Este recorrido, que consiste en proceder despejando las implicaciones del instrumento que uno utiliza en la cura, es el recorrido de Lacan. Uno puede sorprenderse y considerar que hay un contraste, una paradoja en abordar de este modo una experiencia que está enteramente situada en el registro de lo patético, en el registro del sufrimiento. Abordar por la lógica una experiencia en la que se trata el sufrimiento, en la que uno podría decir que se opera sobre la pasta del sufrimiento, puede parecer sorprendente, incluso puede ser criticado. De hecho fue criticado en un coloquio que tuvo lugar recientemente en Londres, donde nosotros fuimos invitados por algunos ingleses que comienzan a interesarse en la enseñanza de Lacan. Hubo allí un intercambio verdaderamente interesante, y entre la asistencia se encontraban algunas personas que objetaban lo que se decía con algo de este tipo: ¿y el sufrimiento del paciente, qué hacen ustedes con eso? Es verdaderamente una posición que puede parecer de fascinación por el sufrimiento, sin embargo es cierto que este sufrimiento está por todos lados. Está a la entrada, porque aquel que demanda un psicoanálisis es alguien que sufre, dice Lacan. Está a lo largo de todo el psicoanálisis bajo formas más o menos acentuadas —no hay que exagerar— en lo que llamo la pasión de transferencia, en el doble sentido de estar apasionado y de padecer, de sufrir, de soportar. Este soportar está también del lado del analista, a quien no se lo reputa por sufrir en la experiencia, pero... en fin, él soporta la transferencia. Este *pathos* también está a la salida, ya que la descripción de este momento para muchos analistas está connotado por un afecto particular que es el duelo. El sufrimiento entonces está por doquier al punto que uno podría decir que el psicoanálisis es un S.O.S. de sufrimiento, y una vez que hay un S.O.S. de sufrimiento muchos pueden responderle, es un hecho. No se trata de que Lacan no tome en cuenta el sufrimiento, lo toma muy en cuenta; digamos más bien que lo interroga sobre su sentido y que dice S.O.S. de sufrimiento [SOS *souffrance*] hablando de urgencia subjetiva. Se dan cuenta del deslizamiento. Urgencia subjetiva quiere decir que el sentido del sufrimiento —hago un juego de palabras— es que hay un sujeto en suspenso [en *souffrance*], en gestación. Cambia todo decir “sujeto en suspenso” [en *souffrance*] que decir “S.O.S. de sufrimiento” [S.O.S. *souffrance*].\*

¿Cuál es la articulación entre estas dos expresiones? ¿Qué es lo que

\* Juego con el doble sentido de *souffrance* (sufrimiento) que se aplica como locución “en *souffrance*” para significar algo contenido, que espera, aplicado especialmente a la correspondencia. [N. de T.]

permite afirmar la tesis de Lacan? Lo que permite afirmar la tesis de Lacan es siempre lo mismo: que este sufrimiento se trata por la palabra, por la palabra que representa a un sujeto.

Creo haber insistido suficientemente sobre la posición epistémica de Lacan, posición ética y epistémica a la vez, que consiste en encontrar su apoyo en las implicaciones de la estructura, y quisiera mostrarles que a medida que fue elaborando la estructura, propuso fórmulas diferentes de lo que es el fin del análisis. Destaco, sin embargo, que en esta empresa está del mismo lado que Freud. Freud tampoco recurrió jamás a los ideales para definir algo de la operación analítica. Por ejemplo —y es una de sus fórmulas—, que definiera lo que uno apunta a obtener en un psicoanálisis como levantar la represión, levantar la represión con el límite que es la represión primaria, toda esta problemática se refiere estrictamente a lo que nosotros llamamos la estructura, y excluye en cualquier caso la referencia a algún ideal. Del mismo modo, si uno toma en el otro extremo el levantamiento imposible de la castración que nos describe como fin del análisis, el levantamiento imposible de la castración y la manera como el sujeto responde a ello, aquí tampoco uno ve nada que evocaría una norma que el sujeto debiera satisfacer. Es decir que él se sujeta rigurosamente a lo que uno puede llamar los hechos de experiencia, al registro de lo que es imposible de evitar en la experiencia. Freud no emplea el término estructura, pero nosotros podemos utilizarlo en su lugar en la medida en que aquello en lo que él desemboca es exactamente esto: lo imposible de evitar.

Pasemos a Lacan. Quisiera evocar tres de sus formulaciones del fin del análisis —no voy a desarrollarlas, pienso que ustedes las conocen—. Son definiciones del fin correlacionadas con las etapas de la elaboración estructural. Señalo de entrada que esto no se inicia en los comienzos, están todos los textos que Lacan mismo ha clasificado en sus *Escritos* titulándolos “De nuestros antecedentes”, que son, precisamente, textos que preceden a “Función y campo de la palabra y del lenguaje”, donde Lacan aporta elaboraciones que no se apoyan en la consideración del dispositivo. Toda su elaboración del estadio del espejo, de la agresividad imaginaria, esclarece, por cierto, los hechos del psicoanálisis, pero la construye sirviéndose de datos y de autores que son exteriores al campo analítico. Es en “Función y campo...” que comienza verdaderamente a encontrar en el dispositivo el fundamento que busca.

Tomo solamente los *Escritos*. Hay allí tres definiciones del fin del

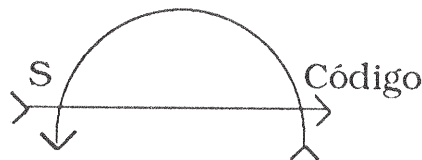
análisis, algunas reiteradas en varios textos. Está la definición de “Función y campo...”, está la definición que uno encuentra al final de “La dirección de la cura” —que es la definición en relación al significante del falo—, y después está la definición que se encuentra en el texto sobre el informe de Daniel Lagache, que ya es otra cosa y que anuncia muy claramente las elaboraciones ulteriores, y en particular las de la Proposición del 67.

Quisiera leerles la definición del fin del análisis que se encuentra en “Función y campo de la palabra y del lenguaje”, porque ustedes podrían encontrar que objeta lo que yo acabo de decirles. He aquí la definición, acaba de hablar de la dialéctica intersubjetiva, y dice: “...la dialéctica no es individual y que la cuestión de la terminación del análisis es la del momento en que la satisfacción del sujeto encuentra cómo realizarse en la satisfacción de cada uno...” [Escritos, pág. 309].

Evidentemente, esto se parece mucho a una idealización. El momento en que la satisfacción del sujeto se realiza en la satisfacción de cada uno... por cierto que no puede decirse que no haya aquí un toque de ideal, sin embargo, ¿qué es lo que matiza este trazo de idealización?

Es que esta definición está, a pesar de todo, sostenida completamente por una elaboración de la estructura de la palabra. Es un fin del análisis donde la apuesta es el reconocimiento del deseo en lo que se juega de intersubjetividad en la palabra.

Es el texto de “Variantes de la cura tipo” el que da la estructura que Lacan moviliza en estas afirmaciones, esa estructura donde intenta responder a la pregunta: ¿qué quiere decir hablar? Habría que desarrollar esto en extenso, pero retengamos una de sus fórmulas: “en la palabra, uno se remite al otro para volverse idéntico a sí mismo”. Hay un grafo que corresponde a esta frase.



Marqué de un lado al sujeto, y enfrente al Otro; el uno se remite al Otro, el uno es el que habla, y represento con una flecha el movimiento de su palabra dirigida hacia el Otro. Represento con otra flecha en sentido inverso, que va del Otro al sujeto, el movimiento por el cual hace falta la respuesta del Otro para que el mensaje del uno sea hecho verdad, digámoslo así. Es el Otro quien devolverá el mensaje por el hecho de recibirlo. Esta estructura es también la del grafo elemental, que está desarrollada en “Subversión del sujeto” (Es el Otro quien está)

entonces en la posición de ser amo de la verdad, como dijo Lacan en un momento, en la medida en que sanciona, en el sentido doble y fuerte de esta palabra, lo que uno dice.

La idea entonces de un fin de análisis que funcione como reconocimiento del deseo, se apoya sobre esta estructura: que aquello que del deseo se da a escuchar va a ser ratificado de alguna manera, recibido en la circularidad intersubjetiva y por ese hecho, reconocido. Lacan no se quedó con esta tesis, sólo sigue siendo válido lo que ha desarrollado de esta estructura en la cual no hay palabra sin respuesta, así sea el silencio. Por eso el analista hace bien en pensar un poco en esto antes de responder a su paciente.

El otro momento en el que Lacan evoca un fin de la cura es el que se encuentra al final de "La dirección de la cura" donde, hay que decirlo, ha abandonado por completo la idea del reconocimiento del deseo. J.-A. Miller desarrolló este punto, planteando que Lacan renuncia a la tesis del reconocimiento del deseo por la palabra a partir de haber elaborado "La instancia de la letra en el inconsciente..." y a partir de la construcción de la estructura de lo que llama las leyes, ya no de la palabra, sino del lenguaje. Ahora bien, eso culmina en una tesis completamente inversa, la incompatibilidad del deseo y la palabra. Cuando uno quiere medir la progresión de las elaboraciones de Lacan, se ve muy claramente que hay una primera tesis: reconocimiento del deseo por la palabra —es la función de la palabra plena— y algunos años más tarde uno tiene la incompatibilidad del deseo y la palabra. A esto corresponde, en las últimas líneas de "La Dirección de la Cura", el fin de análisis que llamaré lacanofreudiano, donde, habiendo hablado del falo, Lacan evoca la *spaltung* del sujeto —es el término que Freud utiliza y que uno traduce en francés por división— y dice que Freud nos da, en la *spaltung* del sujeto, la solución del análisis infinito. Digo que es un momento freudiano —habría que acentuar las diferencias— porque este es el fin evocado por Freud en "Análisis terminable e interminable". La diferencia es que allí donde Freud veía un tope, Lacan dice: solución. A primera vista uno podría preguntarse si no es un poco irónico ver, en aquello que es la cruz del sujeto, a saber, la castración, la solución. ¿Por qué Lacan puede decir que es una solución? No es ni por fantasía ni por gusto. Lo que le permite decir que es una solución es que se trata de un imposible, es que Freud tropieza aquí con un imposible: el de levantar la división del sujeto. Dicho de otra manera, ve allí una solución porque eso confirma ser un tope que no es particular, que no es individual, que es

ciertamente un límite, pero para todo sujeto. Para decirlo de otro modo, con esto se alcanza un término, salvo que no es un término que corresponde a la aspiración del inicio del análisis. Lacan puede decir que es una solución sólo porque ha dado cuenta del tope freudiano, dio cuenta de eso a partir de la estructura del lenguaje. Evidentemente, agrega algo a Freud, agrega la diferencia concerniente a la problemática fálica, agrega la diferencia entre el ser y el tener, pero no es mi objetivo comentarlo aquí.

Para finalizar, y termino aquí mi enumeración de las fórmulas correlativas a un estado de elaboración de la estructura, la tercera es la que se encuentra en la "Observación sobre el informe de D. Lagache" donde ya Lacan nos describe un fin por destitución subjetiva. Casi al final de la página 662 [versión castellana] evoca el término verdadero del análisis, donde el sujeto se ve abolirse —ven que aparece un término que no es todavía destitución— realizándose como deseo. Dice Lacan: "cuando ve figurar en el fantasma aquello delante de lo cual el sujeto se ve abolirse". Es, evidentemente, ese famoso objeto que va a elaborar cada vez más a partir de acá.

Quisiera hacer ahora un pequeño comentario sobre aquello que tienen en común estos tres textos, correlacionados con tres estados de elaboración de la estructura. Lo que hay de común es que en todos los casos, para Lacan, el fin del análisis consiste en responder a una pregunta por el ser, en encontrar la respuesta al ¿qué soy yo? En los tres casos está presente un fin sobre el "tú eres". Lacan lo formula así en uno de sus textos, un: "Tú eres esto".

En el primer caso es un "tú eres" que se apoya en una entronización por la palabra, en el segundo caso, en la "Dirección de la cura...", es un "tú eres" un poco particular, es, más bien, un "tú no eres", "tú no eres el falo"; es la imposibilidad de ser identificado al falo. En el tercer caso es un "tú eres objeto". Así, en los tres casos, hay que notar que ese "tú eres" consagra, o supone, la heteronomía del sujeto; incluso en el primero, donde el sujeto se halla instituido por una palabra plena. En la estructura de la palabra hay una heteronomía, en la medida en que es del Otro que le viene su ser, es la heteronomía que habita la intersubjetividad. En el segundo caso, es la heteronomía que habita el deseo en tanto que el deseo es el deseo del Otro, y en el tercer caso es la heteronomía de ese objeto éxtimo al sujeto.

Voy a concluir mi desarrollo de esta noche. Así como hay puntos en común, ¿de qué depende lo que cambia? Creo haber insistido sobre el hecho de que no depende del gusto, de lo que le gustaría o no decir a

Lacan. Depende de lo que él ha elaborado de la estructura. Hay que decir que hay un esfuerzo en Lacan por definir lo que llamaré, por medio de una expresión paradójica, una norma estructural. Es una expresión paradójica porque hay una tensión entre los dos términos. Uno puede pensar que la estructura no deja lugar a la norma, e inversamente.

Existe un "hay que" lacaniano, un imperativo. Uno encuentra en Lacan fórmulas imperativas, como esa fórmula que ustedes conocen: "hay que tomar el deseo a la letra"; es la fórmula misma de un imperativo estructural. Noten que no es el mismo imperativo que el que uno encuentra en la fórmula freudiana "*Wo es war, soll Ich werden*". Este imperativo freudiano es completamente ético, es el imperativo del deber del bien decir, de llegar, por el decir, allí donde eso estaba. Por lo demás, es un imperativo que Lacan ratifica y con el que, de alguna manera, nadie cumplió, como con todos los imperativos éticos, por otra parte, porque implican una elección.

Lo que llamo norma estructural no es para nada lo mismo. Cuando se dice "hay que tomar el deseo a la letra", uno podría decir que no es un imperativo ni epistemológico ni ético, porque no es un imperativo categórico. Si ustedes reflexionan, si piensan en lo que Kant distingue como imperativo categórico e imperativo condicional, "hay que tomar el deseo a la letra" debe ser considerado como un imperativo condicional. ¿Cuál es la condición sobreentendida? Lo diré así: "si quieres interpretar, hay que tomar el deseo a la letra". Tomar el deseo a la letra no es, por otra parte, tomar el vocablo ni siquiera la palabra, es incluso totalmente opuesto, es no tomarlo en sus enunciados. Tomar el deseo a la letra es, si leen "La dirección de la cura", tomarlo en las operaciones de la metáfora y la metonimia, es decir, tomarlo en el desciframiento. Es un imperativo en parte epistemológico y en parte ético.

La norma que Lacan plantea consiste, en el fondo, en impulsar hasta sus últimas consecuencias las implicaciones del dispositivo. El punto de consecuencia es una bonita expresión que Lacan utiliza en los comienzos de "La dirección de la cura..." y es ésta la norma que da para el fin del análisis. Cada vez que intenta definir, dar una fórmula del fin, es una fórmula del punto de consecuencia; punto de consecuencia implicado por la estructura de la palabra, punto de consecuencia implicado por las leyes de sustitución significante, punto de consecuencia implicado por la naturaleza del objeto del deseo.

Impulsar hasta sus últimas consecuencias es una exigencia que



concierno tanto a la cura como a la elaboración de la doctrina, es una exigencia que hace a la homogeneidad de la práctica analítica, a lo que pasa por el analizante y a lo que pasa por el analista intentando pensar su experiencia. Es por eso que terminaré evocando esa frase de Lacan donde habla del estatuto idéntico del psicoanálisis didáctico y de su enseñanza. Es una frase que puede parecer curiosa porque uno puede preguntarse: ¿pero cuál es el estatuto idéntico de un psicoanálisis didáctico y de su enseñanza? Creo que la respuesta está aquí, que ambos son idénticos en esto: ambos consisten en ir hasta las consecuencias de la estructura. Eso es distinto a las normas ideales. Me detengo aquí por esta primera noche.